

En el desierto

I

Era una tarde roja con bocanadas de horno de aquellas que doraron los ojos de Moisés. ¡Oh tardes del desierto cargadas de bochorno que vieron la grandeza del trono de Ramsés!

Pasaron diez beduinos soñando en el retorno á la natal comarca que fué y que ya no es; ni un hálito de vida oyeron en contorno, para alcanzar la meta faltábales un mes.

Pasaron los camellos seguidos de elefantes portando cinamono, zafiros y diamantes y perlas irisadas como gotas de luz.

Abrió el Simún sus alas—señor de los desiertos—y aquellos diez beduinos quedaron allí muertos, echados en la estepa, en forma de una cruz.

II

Quedaron los viajeros, la muerta caravana bajo la concha plúmbea que cubre el arenal; pasó la noche densa y vino la mañana y el Sol fué en el desierto como rojo fanal.

Dos hambrientos leones, de una región lejana, —monarcas de las selvas del viejo Senegal— hundieron sus caninos de fina porcelana en las tostadas carnes del grupo funeral.

Más tarde otros beduinos, bajo la lumbre rubia, cruzaron con sus toldas el arenal de Nubia y vieron la hosamenta sin sepultar aún...

Así marchan los hombres por un camino incierto, cruzando la existencia,—que es árido desierto, bajo el Destino humano—que es áspero Simún.

(INÉDITOS)
1910.

Esímaco Chavarría